

Andrew T. Price-Smith, *The Health of Nations. Infectious Disease, Environmental Change and their Effects on National Security and Development*, Cambridge, MIT Press, 2002, 220 pp.

Uno de los principales problemas a que se enfrentan las ciencias sociales es la definición de los conceptos que emplean en la elaboración de sus teorías o en el desarrollo de sus investigaciones. Ejemplo de ello es, sin duda, la noción de seguridad nacional; concepto que, pese a ser fundamental al menos en el estudio de las relaciones internacionales, no ha escapado a las explicaciones equívocas, a las ambigüedades ni a la pluralidad de interpretaciones. La importancia de este concepto radica en que su alcance no es sólo teórico sino también práctico, pues con base en él se da o se resta legitimidad a políticas nacionales que afectan al Estado y que tienen visibles repercusiones en el ámbito internacional, particularmente desde hace un par de décadas, en las cuales se ha acentuado el fenómeno de la globalización. Durante la Guerra Fría, sobre todo en los países del Tercer Mundo, la seguridad nacional estuvo delimitada por la lucha política, militar, económica e ideológica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Desde el fin de esa confrontación, sin embargo, aparecen en el escenario mundial amenazas a la seguridad de las naciones, los estados o los gobiernos, amenazas que antes no existían o que el estruendoso antagonismo de las superpotencias había supersimplificado u ocultado. Evidentemente, no todos los estados perciben las amenazas a la seguridad nacional de la misma manera. En el consenso de las élites políticas en torno al proyecto gubernamental y nacional siempre habrá lugar para definiciones alternativas de seguridad. De entre estas aparentemente novedosas preocupaciones de la seguridad nacional, una de las que en la actualidad recibe mayor atención debido a la gravedad que ha alcanzado en algunos casos, y también como consecuencia de su difusión por parte de organizaciones civiles y organismos tanto transnacionales como multilaterales, es la preocupación por la salud y, por consiguiente, por el derecho de toda persona a la protección de ésta y a la prevención de las enfermedades.

La obra de Andrew T. Price-Smith, *The Health of Nations*, va precisamente en esta dirección. En ella se cuestionan las tradicionales definiciones de seguridad nacional y se advierte que la salud pública debiera ser una de las preocupaciones más altas de los estados, debido a que el deterioro de ésta en algunos países, normalmente pobres o en vías de desarrollo, ha devenido un verdadero drama nacional. De ahí que la idea central del autor sea que están emergiendo y reemergiendo enfermedades infecciosas que debilitan la capacidad de control político del Estado y minan su prosperidad y desarrollo, llegando en algunos casos a ser una verdadera amenaza para la

seguridad nacional. Las teorías tradicionales de seguridad nacional se han olvidado de problemas que, como las enfermedades infecciosas, representan una amenaza para los países y son fuente de miseria y muerte.

Al no ser el de la salud uno de los temas tradicionalmente abordados por los diseñadores de los proyectos nacionales ni de los analizados detenidamente por los estudiosos de la política internacional —quienes se dejan casi siempre conquistar por las cuestiones militares, geopolíticas o diplomáticas—, desde las primeras páginas, en *The Health of Nations* se justifica la importancia de esta investigación. Para ello, Price-Smith presenta cifras y datos laboriosamente escogidos, y cuyo número es copioso, para demostrar que las enfermedades infecciosas no son un mal menor en el mantenimiento del orden mundial. De la evidencia presentada, se desprenden conclusiones que pocas veces se escuchan en la retórica de las élites o contraélites políticas de un país, pero que sí se oyen en cambio con voz de alarma en algunos organismos civiles que defienden las causas del medio ambiente, los derechos humanos o el derecho a la salud. La primera de aquéllas, que con razón el autor cree que debería ser suficiente para despertar mayor interés en el tema de la salud pública, es que esas enfermedades matan anualmente a un mayor número de personas que los conflictos bélicos. En 1990, por ejemplo, de acuerdo con cifras del Banco Mundial, 49 971 000 muertes fueron registradas. De ellas, 35% se debieron sólo a enfermedades infecciosas emergentes, mientras que 0.64% fueron consecuencia directa o indirecta de cualquier tipo de conflicto bélico. Desalentador resulta enterarse también de que en África, únicamente en 1998, 200 000 personas murieron a causa de los conflictos bélicos, mientras que dos millones encontraron la muerte debido al sida. En ciudades como Francistown, en Botswana, se reporta con cierta indiferencia que 43% de sus ciudadanos están infectados con el virus del VIH, mientras que el cólera y la malaria hacen visibles estragos en la población de América Latina y Asia.

El libro recoge otra de las preocupaciones del autor, la cual viene de que, no obstante la magnitud de la tragedia, no haya todavía vacuna ni tratamiento eficiente que erradique, limite o prevenga dichas enfermedades que ponen en riesgo la estabilidad socioeconómica de los países que las padecen en mayor grado. Advierte también que en los últimos años el hombre, lejos de tratar de conservar el ambiente, lo ha deteriorado aún más, lo cual ha contribuido a que la aparición de algunas de las enfermedades infecciosas se haya incrementado o reactivado, que sus síntomas y peligrosidad se hayan acentuado y que su resistencia a la medicina convencional y a las políticas públicas de salud tradicionales se haya fortalecido; resultan ahora más difíciles de tratar, curar y prevenir. De ahí que la mayor contami-

nación del agua, el suelo y el aire, o la tala poco moderada de los bosques, entre otras cosas, hayan contribuido a que las enfermedades infecciosas se propaguen más y más rápidamente, incluso a lugares donde nunca antes las habían padecido. Además, desmintiendo a los observadores despistados que han querido ver el deterioro de la salud como un problema representativo de los países pobres, Price-Smith aclara que las enfermedades infecciosas emergentes, si bien son características de las regiones más atrasadas del mundo, no son exclusivas de allí, sino que también se sufren en países industrializados con sistemas de salud pública supuestamente avanzados. La enfermedad de las vacas locas y la tuberculosis, por mencionar sólo algunas, han causado estragos en las poblaciones del Reino Unido, Canadá y los Estados Unidos. En 1995, parte considerable de los diez millones de casos de cáncer diagnosticados en los países ricos tuvieron causas virales, bacteriológicas o parasitarias. En esos mismos países, muchas de las enfermedades que se consideraban de origen genético, como las del corazón o la esclerosis múltiple, ahora son provocadas por infecciones emergentes.

Este libro presenta una sofisticada metodología, la cual se emplea para comprobar que las enfermedades infecciosas emergentes afectan negativamente la capacidad del Estado; es decir, el autor analiza distintos elementos que, de un modo u otro, contribuyen a responder a la pregunta siguiente: ¿cómo contribuyen las infecciones a la inestabilidad política y al subdesarrollo? Pregunta que, para ser contestada, obliga al autor a exponer los conceptos centrales que se emplearán hasta la saciedad a lo largo de la obra. La primera definición ineludible es la de enfermedades infecciosas emergentes: aquellas que han aumentado su incidencia en los seres humanos durante las últimas dos décadas o que amenazan con incrementarse en el futuro; término que es aplicable también a aquellas enfermedades que son de reciente aparición o que se están extendiendo a nuevas áreas geográficas.

De igual manera, con la pretensión de facilitar la lectura y comprensión de la obra, se clasifican las variables utilizadas en el proceso de investigación. Al momento de definir sus conceptos, sin embargo, se revela lo poco familiarizado que está Price-Smith con las nociones básicas de la ciencia política tradicional, lo cual, si bien no entorpece el resultado final de la indagación, sí desmerece o empaña su proceso. De ahí que el libro, en ocasiones, se antoje más como la obra de un político o, incluso, de un tecnócrata, que como la de un analista o académico. La variable dependiente se refiere a la capacidad estatal. No obstante, como consecuencia de la ambigüedad conceptual propia de las ciencias sociales y, sobre todo, del autor, Estado se entiende en el libro como sinónimo de "gobierno de un país"; mientras que capacidad se define como el poder o el control político, de

*facto o de jure*, del gobierno. Lo anterior se mide, en parte, con base en los siguientes atributos del Estado: recursos fiscales, capital humano, investigación, legitimidad, autonomía. Las variables independientes, por otro lado, son las enfermedades infecciosas que se han incrementado desde 1973, que antes estaban parcial o completamente controladas, pero cuya transmisión, resistencia, incidencia y rango han aumentado. Para demostrarlo, el autor propone una lista de 40 enfermedades de este tipo, de las cuales las más importantes o conocidas son la malaria, el cólera, la tuberculosis, el VIH, la fiebre amarilla, los retrovirus, la disentería y el dengue. Finalmente, plantea algunas variables que, si bien no han sido determinantes en el desarrollo de muchas de estas infecciones, sí han contribuido a su proliferación, reactivación y mutación en algunos países. Variables conocidas como “intervinientes”, pues han facilitado la exacerbación de las enfermedades infecciosas. Entre ellas podrían citarse la migración, el comercio, la ecología humana y los desastres naturales, intencionados o accidentales.

Esta obra presenta de manera muy elaborada –tanto que en ocasiones es fácil perderse entre las múltiples gráficas y ecuaciones– la evidencia recabada durante la investigación para sostener su hipótesis central. Muestra información estadística preliminar que permite inferir, unas veces, y comprobar, en otras, que las enfermedades infecciosas emergentes minan la capacidad de los estados, al deteriorar la situación política, social y económica de los países afectados. Para ello, el autor echa mano de algunos de los indicadores, elaborados o aceptados por la Organización Mundial de la Salud, empleados para verificar el cumplimiento del derecho a la salud en cualquier ámbito, así como su proceso de deterioro o mejoramiento. Ejemplos de ello son el índice de mortalidad infantil durante el primer año de vida, como consecuencia de enfermedades previsibles y curables que son producto del rezago; la capacidad del Estado frente a la esperanza de vida; la mortalidad materna al momento del parto, o la mortalidad, frecuencia de contagio y abastecimiento de medicamentos de personas infectadas con VIH/sida en países como India, Rwanda, Noruega, Holanda, Brasil, Haití, Islandia, Colombia, Tailandia, Malawi, Kenya, Botswana, Perú, Sudáfrica, Japón, Arabia Saudita, Italia, Etiopía, Tanzania y Uganda.

La importancia de estos indicadores radica en que muestran no sólo la frecuencia con que se viola el derecho a la salud de las personas, particularmente de los segmentos pobres de la población, sino que también ponen en evidencia lo amenazadoras que para el Estado resultan ser las enfermedades infecciosas emergentes. Con base en dichos indicadores, de suyo complejos, Price-Smith analiza la relación causal que hay entre las enfermedades infecciosas emergentes y el desarrollo sociopolítico y económico de los países. Para el autor, los padecimientos y el malestar de los

pacientes, la mortalidad y, en general, el deterioro causado por las enfermedades infecciosas guardan un vínculo directo con la prosperidad, el progreso, la estabilidad política, el control social y la fuerza económica de los estados. En el ámbito microeconómico, las enfermedades emergentes tienen costos directos en detrimento del bienestar de la población en general y, por ende, del desarrollo estatal. Prueba de ello es el incremento en el gasto personal de los ciudadanos en su salud —prevención, diagnóstico, tratamiento, rehabilitación—, gasto que en ocasiones se considera “catastrófico”, debido a que las familias pobres pueden llegar a perder el patrimonio de toda una vida. En países como México, este gasto perjudica al 4% de las familias. Otro costo directo, de acuerdo con Price-Smith, es el evidente incremento en el gasto hecho por el Estado en campañas preventivas, políticas de contención y control, investigación científica y promoción de la salud. Los costos indirectos que las enfermedades infecciosas emergentes traen consigo se expresan en pérdidas en los ingresos del mercado y de otras fuentes de recursos de los que se nutre la maquinaria estatal. Ejemplo de ello es la pérdida de ganancias potenciales debido al debilitamiento o muerte de los miembros de la familia que producen insumos económicos. Resultado de lo anterior es el bajo nivel educativo de los miembros enfermos y su bajo consumo per cápita, la disminución de la demanda agregada, la aminoración del ahorro e ingreso familiar y, en general, el incremento de la desigualdad.

Una vez estudiados los daños que ocasionan las enfermedades infecciosas en el ámbito microeconómico, en el ambicioso libro de Price-Smith se realiza un análisis de tipo sectorial, desagregado y transversal, con el fin de probar que las enfermedades infecciosas tienen un efecto notoriamente negativo en todos los sectores de la economía de un país. En el sector formal, la proliferación de infecciones amenaza la expansión de la industria y al sector privado. El sida, por citar sólo un ejemplo, al causar con mayor frecuencia la muerte de personas de entre 15 y 60 años de edad, segmento de la población productiva y económicamente activa, reduce el crecimiento de la fuerza laboral. Otros de los sectores analizados por el autor son: salud, agricultura, educación, minería, turismo, de inversiones, de ahorro y el comercio.

Si bien de lo dicho hasta aquí se deduce por qué para Price-Smith las enfermedades infecciosas son o pueden llegar a ser una cuestión de seguridad nacional, no es sino hasta el cuarto capítulo donde examina explícitamente el vínculo que existe entre un tema de salud pública y la defensa del interés nacional, la seguridad y el poder del Estado; es decir, la importancia que el autor encuentra en plantear el problema de las enfermedades infecciosas, en particular, y el de la salud, en general, como asuntos de se-

guridad nacional. Se argumenta con razón que históricamente la seguridad nacional de los estados ha sido definida desde la óptica militar, y que así se presta poca atención a amenazas mayores o temas de interés nacional tales como el deterioro de la salud. Para el autor, esta definición tradicional ha sido sobrepasada por la realidad. Por ello, la seguridad nacional debe entenderse como una acción o secuencia de eventos que amenazan drásticamente y en muy poco tiempo con degradar la calidad de vida de los habitantes de un Estado; o que amenazan con reducir el rango de las opciones políticas disponibles para el gobierno o para actores no gubernamentales dentro del Estado.

Con base en esta explicación dada de manera tardía, y después de haber presentado a lo largo de la obra evidencia empírica exhaustiva, Price-Smith concluye que las enfermedades infecciosas tienen un impacto visiblemente negativo en la calidad de vida de la población. La proliferación, la reactivación y el aumento en la intensidad de las infecciones reducen la prosperidad individual y social, lo que a su vez produce privaciones en la población e incrementa la pobreza y la desigualdad. Desde un ángulo estrictamente político, del libro se deduce también que, al reducir la productividad, la prosperidad y el bienestar general de la población, las enfermedades infecciosas ocasionan un aumento en la falta de legitimidad de las clases gobernantes. Las enfermedades infecciosas emergentes menoscaban el poder del Estado debido a que disminuye la productividad y se erosiona el capital humano. Por ejemplo, los recursos económicos se gastan en atender a la enorme cantidad de enfermos, recursos que debieran destinarse a otras ramas. Ahora que, en términos del producto interno bruto, los efectos de las enfermedades infecciosas ocasionarán la disminución del poder absoluto del Estado en el largo plazo.

Al final, se subraya que es el Estado el que tiene la obligación moral y política de garantizar un estándar mínimo de protección de la integridad a sus ciudadanos y, por tanto, de responsabilizarse del cabal cumplimiento del derecho a la salud. Así, *The Health of Nations*, cuya claridad e información son notables, es un libro sugestivo pues cuestiona los enfoques sobre los cuales se han basado tradicionalmente las políticas públicas estatales; una obra original en tanto que investiga un tema novedoso —el de las enfermedades infecciosas emergentes— y en cuanto lo vincula finamente con el de los derechos de los ciudadanos y las obligaciones del Estado, afirmando que la salud no debe ser una política menor, sino una política de seguridad nacional.